

# Dos países que suman medio país

Es patente que si nos conectamos con *Aló Presidente* y seguidamente con una rueda de prensa de la Coordinadora Democrática tenemos la impresión de que vivimos en dos países y que cada uno de ellos es la antítesis del otro. Lo mismo podemos percibir si asistimos a una marcha del gobierno y a otra de la oposición. Y, sin embargo, poca gente hace esta experiencia habitualmente. Lo normal es que la mayoría de los que oyen *Aló Presidente* se muevan en ambientes chavistas y por eso tienen la impresión de que las mayorías respaldan al gobierno y que los opositores son un grupito bien posicionado económicamente y que acapara los medios de comunicación. Otro tanto ocurre con la mayoría de los que siguen habitualmente las declaraciones y consignas de la Coordinadora Democrática: circulan por un mundo de vida más o menos homogéneo, que les confirma que sus opciones son las de la mayoría de la ciudadanía, excepto un grupo de trasnochados y exaltados, más los funcionarios que dependen del gobierno y los que reciben dinero o contratos por mantener la línea.

## Dos países en pugna

Como cada grupo vive en su mundo, que equipara al país, y sólo se asoma al otro para confirmarse en sus estereotipos, cada uno está absolutamente convencido de que su visión es la objetividad más palmaria y que por eso sólo se puede estar en la otra posición o porque no se tiene el más mínimo sentido de realidad o por la defensa a ultranza de los intereses propios. Para los de la oposición, los del gobierno siguen anclados en el siglo XIX, no han pasado por la racionalidad ni la democracia moderna y no se han asomado a la globalización actual. Su proyecto es totalitario, y por eso indeseable e inviable. Para los del gobierno, la oposición son las oligarquías, y los políticos y sindicaleros que las han servido servilmente, que para no perder sus privilegios están dispuestos a acabar con el país. Desde estos mutuos estereotipos, como el otro ha demostrado que no puede entender o que actúa de mala fe, yo no tengo nada que hablar con él ya que o es incapaz de entender o no quiere salir de su posición. Si no hay nada que hablar, sólo queda quebrarlo.

Y sin embargo, hasta ahora, los dos grupos quieren quebrar al otro sin que aparezcan quebrando la legalidad, la democracia, la vida, el bien común, y sobre todo la patria. Ambos grupos envuelven sus acciones en palabras y símbolos sacralizados, que cada vez más, van siendo las mismas. En definitiva, el propio grupo se sacrifica por la patria y el otro sacrifica a la patria.

Es importante indagar por qué cada contendiente quiere quebrar al otro, pero sin quebrar las reglas procedimentales e incluso arrojando su acción hostil en palabras tan nobles.

## Por qué no nos matamos

Existen tres razones. Una es sin duda la globalización. Hoy no pueden saltarse las reglas de juego im-

punemente. La conexión entre los países es tan intrincada que hay una cierta exigencia en respetar las formalidades de la democracia. El grupo que aparezca jugando otro juego, queda descalificado. Así ocurrió con la actuación de Carmona. La oposición tiene que desmarcarse de ese camino, si quiere ser reconocida. Por eso la OEA condenó inmediatamente las declaraciones de los militares en Altamira y tuvieron que cambiar el discurso inmediatamente, para ser al menos tolerados. Por eso el Presidente no para de decir que no hay presos políticos y que es patente que la libertad de expresión y manifestación es tan total que el gobierno peca de parecer débil y permitir la anarquía.

La segunda razón es que en efecto la oposición cree que se está sacrificando por la patria. Para referirnos a la parte más visible y significativa de ella, habría que decir que pocas veces la clase media y rara vez la clase media alta y alta habían pisado la calle; ésta solía actuar por *interposita persona*, y ahora actúa a cara descubierta, toma la calle, y son bastantes los grupos de profesionales altamente cualificados que sesionan para pensar el país y buscar juntos salidas orgánicas a la crisis. Más aún, es obvio que las medidas tomadas por sus representantes y ardorosamente apoyadas por ellos implican unos sacrificios económicos tan elevados que no sólo han perdido sus ganancias sino que están poniendo en peligro sus mismas empresas. Y otro tanto cree el gobierno. Es consciente de que tiene un déficit severo de técnicos y expertos a todos los niveles y sabe que por eso no ha podido implementar casi ningún programa; pero cree que priorizar a las mayorías populares exige un viraje complejo y difícil y por si fuera poco, combatido sin cuartel por los privilegiados de siempre. Sabe que las instituciones del Estado se manejaban con otros intereses y criterios. Y está empeñado en no dar marcha atrás por nada del mundo. Así tenga que sacrificar

la mayor parte del presupuesto, deficitario de por sí, en coaptar las instituciones del Estado: Tribunal Supremo de Justicia, Ejército, Asamblea Nacional, Poder Moral.

La tercera razón es que existe otra Venezuela que no se siente representada en ninguna de las otras dos, que está hastiada tanto de los canales de la oposición como del gobierno, que comparte la sensibilidad popular que llevó a Chávez a la presidencia y no ve en la oposición, pero que está horrorizada de su discurso denigratorio y que piensa que el Presidente no debe gobernar sólo para los suyos sino para todos, que no ha debido empeñarse en esa actitud de guerra sino que se lo eligió para gobernar y no lo ve centrado en esa tarea, que palpa una ineficiencia pavorosa, más aún que no lo ve interesado en mejorar la realidad concreta sino en armar una estructura que no está inspirada por la concurrencia de intereses y perspectivas y su negociación permanente en orden a una conciliación cada vez más justa y dinámica, sino en un dirigismo tan empobrecedor que resulta inviable. A esta Venezuela le suena familiar la invocación de la oposición a la libertad, pero no percibe en ella la democracia que pregona. Ve, más que antaño, acuerdos cupulares que todos tienen que acatar o sufrir, y ve sobre todo cómo Chávez los ha llevado a su mismo terreno de la denigración del otro y la guerra sin cuartel, lo que conlleva la pérdida de la realidad, la presunción errónea de que el otro no iba a resistir mientras tuviera divisas y ejército, y el empantanamiento en un callejón sin salida en el que cada día se desgasta más a sí misma.

### La tercera Venezuela

Esta tercera Venezuela quiere la paz a toda costa, se aferra a la paz que ganó tras un siglo aciago y que logró mantener con gallardía durante todo un siglo. Pone la paz como

un absoluto. Decir la paz es decir la vida humana. Toda vida humana: la de Chávez, la de Ortega, la de Rangel, la de los Fernández...la de los de la Metropolitana, la de los de la Disip, la de los barrios y las urbanizaciones. Esta Venezuela exige que la lucha política respete la vida humana.

Esta tercera Venezuela es un país que no se deja llevar a la confrontación. Ha aprendido que el método no puede ser aplastar al otro ni excluirlo, que tiene que ser hablar a calzón quitado, pero buscando siempre llegar a acuerdos aceptables para las partes, y por eso ningún grupo puede pensar que tiene toda la comprensión de la realidad y todas las soluciones; hay que dejar la soberbia y hacerse cargo del otro. Esta Venezuela cree que las otras dos exageran cuando se refieren a la otra, pero también cree que algo de verdad sí tienen en lo que se acusan. La conclusión que saca es que todos tenemos que ceder. Esta Venezuela quiere contar con las otras dos, con lo mejor de ellas, y hasta le parece razonable soportar alguna de sus torpezas y limitaciones.

Esta tercera Venezuela se siente muy representada en lo que dice la introducción de la Constitución, que somos "una sociedad multiétnica y pluricultural". Por eso aspira a dos metas conjuntas: que se respete esa pluralidad, reconociéndola como una gran riqueza de estilos de vida y de cosmovisiones; y, como dice la Constitución, que se componga "en un Estado de justicia" que no sacrifique a ningún grupo, pero que discrimine positivamente a los que actualmente están en desventaja. Esta Venezuela teme por igual que se nos imponga una sola visión desde el Estado y que la globalización imponga la cultura de masas que homogeneiza excluyendo a las mayorías populares y a sus culturas. Esta tercera Venezuela quiere avanzar en la igualdad de oportunidades: que no se discrimine entre los afectos al

gobierno y el resto; pero que el acceso a la educación, la salud y demás bienes culturales no sea el principal medio de discriminación sino, como lo fue en las dos primeras décadas de nuestra democracia, el mayor vehículo hacia la igualdad.

El fuerte de esta Venezuela es que ha logrado permanecer en la cotidianidad con lo que no ha perdido el sentido de la realidad, que en gran medida ha desaparecido en las otras dos, eclipsado por la ideologización o por la obsesión de salir del contrario. El problema grave de esta tercera Venezuela es su inclinación a pasar agachadita, a lo que la lleva su pacifismo y su sentido de tolerancia. Además de que no es fácil que ocupe el espacio público que le corresponde que ya está ocupado militantemente por las otras dos. Este país tiene que dar la cara. Si no lo hace, no puede quejarse de que la lleven adonde no quiere ir. Tiene que asumir postura, aunque no de modo excluyente, como las alas radicales que hoy marcan la pauta de las otras dos. Tomando la imagen del juicio de Salomón, las dos Venezuelas en liza, aunque no lo pretendan, están sacrificando al país con tal de prevalecer sobre la otra. Esta tercera Venezuela tiene que ser no la voz del poder sino la voz de los venezolanos, incluidos los de la Venezuela excluyente.

Estamos convencidos de que esta tercera Venezuela es la mayoría del país. Y no sólo eso, también creemos que no poco de esto, también subsiste, aunque soterrado, en las otras dos Venezuelas. Y que ello es el cemento que nos podrá soldar para un proyecto consistente.

